

causarle daño, á la sazón comenzó á ser objeto de desconfianza. Una horda de semigalos intentó la loca empresa de arrastrar con cuerdas hasta el Duna el edificio de piedra, y su tentativa fué sangrientamente rechazada por los ballesteros del obispo. Desde entonces el edificio fué de tal manera respetado por los indígenas, que los habitantes de Holm, isla del Duna, pidieron á Meinhard que les construyera otro bajo las mismas condiciones en que lo había construido para los de Uexkull, beneficio que pagaron con la misma perfidia, pues despues de haberse dejado bautizar también volvieron á su paganismo.

Gran consuelo hubo de ser para Meinhard encontrar en el monje cisterciense Teodorico, que ejercía su misión hacia el Norte, en el Aa livonio, en el territorio de los livonios de Thoreida, un compañero que compartiera con él el trabajo y las penas, pues los livonios se mostraban cada día mas rebeldes y mas despechados. El sacerdote extranjero se les había hecho molesto; saqueábanle sus bienes, maltrataban á sus criados y se lavaban con ardor en el Duna para devolver á Alemania el agua del bautismo con que habían sido consagrados á un dios extranjero. Su mas vivo deseo era deshacerse del obispo: el compañero de éste, Teodorico, se libró de la muerte por un verdadero milagro, y el mismo Meinhard parecía que comenzaba á cansarse de su trabajo. Cierta que hubiera podido encontrar un apoyo en los comerciantes que — según accidentalmente sabemos — empezaban á pasar los inviernos en el Duna y en el país de los estonios, pero interesábase sobremano evitar, en cuanto fuera posible, todo conflicto serio. En vista de ello reunió á todos sus compañeros para volver á su patria en un buque de Gotia (1); pero temiendo los livonios, quizás no sin razón, que pretendiera volver mas adelante con un ejército, le suplicaron con lágrimas en los ojos que no se separara de su lado, mostrándose todos dispuestos á recibir el bautismo. Meinhard se dejó seducir y regresó á Ykeskola; pero apenas el buque hubo desaparecido vióse claramente el engaño. El obispo pretendió entonces huir, pero su tentativa fracasó; en cambio su compañero Teodorico consiguió, gracias á su astucia, escapar y pudo emprender el viaje á Roma. Llegado que hubo á esta ciudad dió cuenta al Papa, que lo era entonces Celestino III, del curso de la misión en Livonia, y Meinhard tuvo la satisfacción de verse autorizado por una bula pontificia para nombrar auxiliares que le ayudaran en sus predicaciones. Así quedó confirmado lo que Meinhard había ya hecho por su propio impulso, pues Celestino habló expresamente de los muchos hombres que aquel obispo había asociado á su obra piadosa. A pesar de todo, no se le ofrecían á Meinhard verdaderos auxilios: una carta pontificia de indulgencias llevó á Livonia muy pocos peregrinos, y en cuanto á la cruzada que se intentó, fracasó á consecuencia de los temporales. De suerte que Meinhard solo muy lentamente pudo ir ganando terreno, y así vivió por espacio de algunos años en aquel país inhospitalario, sufriendo misérias y aflicciones grandes. Cuando sintió que su vida se iba acabando, llamó á los ancianos livonios del Duna y thoroideas y les hizo prometer que aceptarían otro obispo. Viejo y cansado de la vida, falleció en 14 de agosto de 1196, siendo enterrado en Uexkull: posteriormente sus restos fueron conducidos á Riga, donde se ha conservado hasta nuestros días su losa funeraria á pesar de las inclemencias del tiempo.

De insignificantes se han calificado los resultados conseguidos por Meinhard durante sus diez años de misión y se ha dicho que debía el honroso nombre de apóstol de Livonia, mas á sus nobles esfuerzos que á lo que en realidad había hecho.

(1) Esto sucedió despues de 1191.

Duro nos parece este juicio, pues Meinhard con su afanosa actividad echó los cimientos de lo que se hizo despues: él fué quien encontró el camino y quien tuvo el valor de avanzar por nuevos y extranjeros horizontes, y esto era precisamente lo mas importante. Continuadores de una obra los hay siempre y en todas partes, pero ¡cuán raros son los hombres que se trazan por sí mismos un objeto y que solos se abren el camino! Y no se entregó á su obra llevado por el entusiasmo de la edad juvenil, sino que habían ya pasado para él los años de fuerza viril cuando se dirigió á Livonia, sin mas armas que la persuasión, sin mas compañero que su Dios. ¡Cuán profundamente hubieron de herir á un hombre de su carácter los muchos desengaños que sufrió! En un principio, el éxito al parecer mas brillante, y luego fracaso sobre fracaso. Lentamente, sin embargo, logró ir ganando terreno, y si bien los mas apostataron, algunos permanecieron fieles y su ejemplo comunicó á hombres como Teodorico de Treiden entusiasmo para imitarle. En Uexkull y en Holm los bosques habían sido roturados; la agricultura se practicaba al estilo de Alemania; las campanas de los templos llamaban á la pequeña comunidad de creyentes á la oración y los muros de piedra aseguraban un asilo donde quiera que se levantaba la cruz como signo de la civilización de Occidente. Aunque Meinhard creyó mas de una vez que eran inútiles sus esfuerzos para vencer la superstición, la astucia y la barbarie, y por mas que en sus momentos de desaliento pensara en abandonar tan ingratas tierras, en definitiva permaneció en su puesto y la semilla por él sembrada acabó por fructificar á pesar de todo. Otro detalle merece también llamar la atención: cuando Meinhard, en los mas apurados trances, solicitó ayuda, no se dirigió al arzobispo de Bremen, que era á quien debía su consagración, sino directamente al Papa. Con esto quedaba implantado el germen de la futura independencia de la iglesia livonia (2): la cuestión estaba, pues, en si se encontraría el verdadero hombre que cultivara este germen y le diera vigoroso desarrollo.

Su sucesor, el obispo Bertoldo, monje cisterciense y antiguo abad de Loccum, no era á la verdad el hombre que para ello se necesitaba: era el suyo uno de aquellos caracteres especiales que imprimieron el sello á la Edad media. Antes monje y luego obispo, dominábale siempre el afán de luchar y pelear: dispuesto á todas horas á empuñar la espada, era una figura que recordaba á los obispos guerreros de Federico Barbaroja. Así fué desde el principio hasta el fin. Comenzó por ir á Livonia sin ejército alguno y una vez allí mandó preparar un gran banquete para los indígenas, creyendo que con manjares y bebidas se conquistaría sus simpatías. Los livonios le recibieron amistosamente como él esperaba, pero las cosas cambiaron de aspecto cuando quiso inaugurar sus funciones espirituales con la consagración de un cementerio. Los indígenas se reunieron en asamblea para deliberar acerca de la manera de librarse del obispo: unos querían quemarle, otros arrojarle al río, pero todos estaban acordes en la necesidad de deshacerse de él. Advertido á tiempo, pudo escapar y fué á pedir consejo y ayuda al arzobispo Hartwich de Bremen, pero como éste se estaba preparando para unirse á la cruzada organizada por el emperador Enrique IV, Bertoldo tuvo que dirigirse al Papa. Provisto de una bula de cruzada, emprendió durante el invierno de 1197 su excursión por todas las ciudades y aldeas de la Baja Sajonia, de Westfalia y de Frisia, logrando de esta suerte reunir un numeroso ejército que en la primavera de 1198 le siguió á Livonia. Los buques

(2) Véase la carta del papa Celestino III, de 27 de abril de 1193 (L. U. B. I., 11), que, á pesar de haber ocasión para ello, no dice ni una sola palabra de Bremen y deja entrever que Livonia debía ser algún día la provincia de San Pedro por excelencia.

subiendo por el Duna se situaron, á lo que parece, no lejos de la desembocadura, mientras el obispo conducía sus tropas por tierra hasta delante de Holm, desde donde envió un mensajero á la isla para ver si los que habían recibido el bautismo se mantenían fieles y si los demás querían aceptar el cristianismo. La ausencia de los buques envalentonó á los insulares, ante cuya negativa tuvo que retirarse Bertoldo sin haber logrado su propósito. Celebrando estaba consejo de guerra en las orillas del Duna en el sitio en que actualmente se levanta Riga, cuando le llegó la noticia de que los livonios se habían unido para aniquilar de una vez á él y á los suyos, tomando posiciones para ello en una montaña que el cronista (1) llama *mons Zabulus* y cuya situación debe buscarse seguramente en las colinas de arena que se alzan junto á Riga. Antes, sin embargo, de apelar á los medios extremos los livonios entablaron negociaciones cuyo resultado fué un armisticio que ellos mismos violaron. La lucha, pues, comenzó: los livonios lanzaron su grito de guerra y, según su costumbre, golpearon con las espadas en sus escudos; pero no pudiendo resistir el brusco ataque de los alemanes, perfectamente armados, con los cuales median por vez primera sus fuerzas, emprendieron una precipitada fuga, siendo perseguidos de cerca por el ejército cruzado, al frente del cual marchaba siempre el obispo Bertoldo. Habiendo éste soltado, en el ardor de la persecución, las riendas de su caballo de batalla, el fogoso animal se desbocó y el jinete, no pudiendo contenerlo, se encontró muy pronto en medio de los enemigos: dos de ellos le sujetaron, un tercero le clavó por detrás su lanza y su cadáver fué hecho pedazos por los demás. Así terminó el obispo Bertoldo, según una tradición livonia, en 24 de julio de 1198.

El ejército cruzado vengó, sin embargo, su muerte saqueando el país, hasta que los livonios para evitar ulteriores males pidieron la paz: cincuenta de ellos se dejaron bautizar en Holm, donde entretanto habían anclado los buques alemanes, y al día siguiente otros ciento recibieron las aguas del bautismo en Uexkull. Los indígenas abrieron sus fortalezas á los sacerdotes, se mostraron dispuestos á entregar á cada uno de éstos para su manutención una fanega de trigo y aun se pusieron de acuerdo para pedir un nuevo obispo. Los cruzados se dieron con esto por satisfechos y se hicieron á la vela, no dejando en aquel país mas que á un comerciante y á los sacerdotes; pero apenas habían salido del Duna, los recién bautizados se precipitaron al agua, como en tiempo de Meinhard, para lavarse del bautismo y enviaron á los extranjeros á su patria. El cronista nos reproduce llenos de vida los pensamientos de aquellos semi-salvajes, cuando nos refiere el hallazgo que hicieron los livonios de un árbol en el cual uno de los cruzados había esculpido un rostro humano. «Creyendo los livonios que éste era el dios de los sajones, los cuales atraían por medio de él sobre ellos la inundación y la peste, cocieron, según su costumbre, hidromiel y se entregaron á abundantes libaciones; despues de celebrar un consejo, cortaron la cabeza del árbol y colocándola sobre maderos atados la enviaron por el mar á Gotia, como si fuese realmente el dios de los sajones, para que llevándose consigo la fe cristiana fuera en pos de los que acababan de evacuar el territorio.»

Durante un mes se mantuvieron tranquilos, pero trascurrido este tiempo atacaron á los hermanos del cabildo de Uexkull, que subsistía desde los tiempos de Meinhard, les robaron sus caballos, con lo cual les imposibilitaron de trabajar en los campos, saquearon sus casas y les obligaron á huir á Holm. Los livonios celebraron de nuevo, en cuaresma, una gran asamblea para deliberar acerca de la manera de acabar de

(1) Hermann de Wartberge, S. R. P., tomo II, pág. 23.

una vez con los extranjeros, y acordaron que todo sacerdote que despues de Pascua se encontrara todavía en el país fuese sacrificado á los dioses. Así las cosas, ningún sacerdote se atrevió á quedarse y en 18 de abril de 1199 todos habían abandonado aquel territorio: los pocos comerciantes que no se movieron solo salvaron sus vidas á fuerza de regalos con que se atraieron el favor de los caudillos.

La colonia había dejado de existir, necesitándose para que pudiera volver á nueva vida una persona que con mas energía que Meinhard y con mas talento que Bertoldo supiera vencer las inauditas dificultades que se oponían en Livonia á la fundación del cristianismo.

El héroe y hombre de Estado que llevó á cima tan árdua misión fué el tercer obispo livonio, Alberto. Durante mucho tiempo se ha discutido si era señor de Buschowden ó de



Sello del maestre y de los caballeros de la orden de Cristo de Livonia (tamaño del original).

En campo adamasado, una espada con la punta hacia abajo y encima de ella una cruz. Inscripción: S(igillum) MAGISTRI (ET FR(at). OR(um). MILICIE CRI(Christi). DE LIVONIA †. — En un documento de diciembre de 1225, en el archivo del Consejo de Riga.

Appeldern, pero es muy probable que ninguno de estos dos nombres fuese el suyo. Su madre, hermana del arzobispo Hartwich II de Bremen, pertenecía á la noble familia bremsa de los Utledes y estaba casada en segundas nupcias: de su primer matrimonio con un desconocido habían nacido Alberto, Rotmar y Hermann, y de su segundo con un señor de Appeldern, Engelberto, nacieron Dietrich y Juan. De todas maneras, Alberto resultaba emparentado con los señores mas ilustres del país, los administradores de Stade, los Utledes, Blidersdorf, Haseldorp, Appeldern y otros. Como sobrino que era del arzobispo, ascendió al parecer muy rápidamente en la jerarquía eclesiástica, siendo canónigo de Bremen cuando llegó al arzobispado la noticia de la muerte de Bertoldo. Aun cuando nada sabemos acerca de la historia anterior de Alberto, la del arzobispo Hartwich (2) nos presenta un cuadro vivo de las impresiones que hicieron del joven canónigo un hombre de Estado. En la época de que hablamos había llegado á ser costumbre que los canónigos pertenecieran exclusivamente á la nobleza de Alemania: formaban el consejo del obispo y del arzobispo y habían sabido conquistar poco á poco para el cabildo — así se denominaba su co-

(2) Dehio, G.: *Historia del arzobispado de Hamburgo-Bremen hasta el término de la misión*, tomos I y II. Berlin, 1877. Excelente trabajo, el mejor que se ha escrito sobre la historia livonia de aquellos tiempos.

unidad — una gran parte del gobierno de la Iglesia. Cuanto mas borrascoso era el período de gobierno de un arzobispo, tanta mayor consideración alcanzaba el cabildo, al cual correspondió muy pronto, además del derecho de elegir obispo, el de representarle en su ausencia, con lo que atrajo á sí toda la administración. Ahora bien, el arzobispado de Bremen, desde los tiempos de aquel arzobispo Adalberto que tan importante papel representó en la historia de Enrique III y de Enrique IV, había entrado en la senda de una política universal y de amplias miras. Ciertamente el plan de Adalberto de fundar un patriarcado septentrional había fracasado, pero desde entonces apenas se notaba en el Norte de Europa una acción importante cuyos hilos no se extendieran hasta Bremen. Una tradición de grandes ideas era la herencia que Adalberto legó á su Iglesia. Muchos de sus sucesores, sin embargo, no estuvieron á la altura de tan elevada misión y el mismo Hartwich, á pesar de su ambición desmedida, no era un hombre de Estado. Con él comenzó para su archidiócesis un desdichado período de intranquilidad, cuya causa interna hay que buscar no solo en la inconstante persona de Hartwich sino también en las contiendas entre los Staufens y los güelfos. Hartwich se alió con el güelfo nuevamente reducido á la obediencia y fué arrastrado á la lucha civil que entonces estalló, siendo destituido por el cabildo, que puso á otro en su lugar. Cuando después el clero volvió á reconocerle los laicos se le opusieron, entablando entonces el arzobispo sangrienta lucha con el duque Alberto de Holstein. El emperador Enrique VI restableció la paz, porque supo contrarrestar unas con otras las fuerzas que le combatían y hacerlas entrar por la senda que su voluntad había trazado. En la primavera de 1197 tomó parte Hartwich en aquella cruzada en que el duque Federico convirtió en orden teutónica la de los caballeros hospitalarios que los alemanes tenían en Jerusalén.

En estas circunstancias, la importancia del cabildo se aumentó en todos sentidos: dos veces en un corto plazo había tenido en sus manos toda la política y la administración de la archidiócesis, y había aprendido en tiempos difíciles á amoldarse á los hombres y á los acontecimientos. Tal era la escuela en que se había formado el joven canónigo á quien la suerte había puesto á la sazón al frente del obispado de Livonia, que todavía no existía mas que en la imaginación.

CAPÍTULO II

EL OBISPO ALBERTO

Con energía y circunspección poco comunes puso manos á la obra el nuevo obispo, consagrado en los primeros días del mes de marzo de 1199. En el verano del propio año lo encontramos ya en Gotia, donde impuso á unos 50 hombres la cruz para la expedición á Livonia, y desde allí fué á visitar al rey Canuto de Dinamarca, al duque Waldemaro de Schleswig y al arzobispo Absalon de Lund. Este último era el poderoso rival de Bremen en el Norte; al de Schleswig se le consideraba como uno de los mas turbulentos príncipes de la Alemania septentrional, y en cuanto al rey Canuto, podía en cualquier tiempo con su escuadra bloquear los puertos del Trave. Alberto consideró de mucha importancia tener propicios á los tres, y esto era proceder con prudencia suma, pues había estallado nuevamente la lucha entre güelfos y Staufens, cuya clave eran Felipe de Suabia por parte de los últimos y Oton de Brunswick por la de los primeros. Para Livonia y para los planes del porvenir que había forjado Alberto era una cuestión de vital trascendencia resolver á cuál de las dos partes se inclinaria, haciéndose mas difícil la situación cuan-

do el papa Inocencio III se decidió por el güelfo. Cuando Alberto hubo obtenido del Papa una bula en que éste excitaba á los fieles de Sajonia y de Westfalia á que procuraran el perdón de sus pecados defendiendo á la Iglesia livonia contra los paganos, se decidió á tomar posesión de su cargo y dió una prueba de gran independencia con el hecho de atreverse, en cuanto parecieron aseguradas las condiciones previas para un éxito feliz, á celebrar la fiesta de Navidad en Magdeburgo con el rey Felipe, tanto mas cuanto que éste y su esposa Irene se presentaron por vez primera ostentando todas las insignias reales, llevando el rey Felipe, según expresión de Walter de Vogelweide, «el rico cetro y la corona.»

Después obtuvo la recompensa: por de pronto, el rey Felipe no pudo hacer otra cosa mas que prometer amparar los bienes de los peregrinos ausentes. Esto era ya algo, y el obispo Alberto consiguió atraerse en el campamento real á una multitud de caballeros para la expedición á Livonia. Como se ve, los preparativos no podían demostrar mayor prudencia. A la primavera siguiente dióse el paso decisivo: en el mes de abril del año 1200 el obispo remontó el Duna al frente de una poderosa escuadra compuesta de veintitres buques. Los livonios quisieron oponerle resistencia, pero Alberto consiguió, con escasas pérdidas, forzar el paso hacia Uexkull y libertar á algunos monjes que á pesar de las asechanzas de que habían sido objeto se habían mantenido firmes hasta entonces. Aprovechando una tregua de tres días dirigióse el obispo á Holm, donde fué sitiado por los livonios, que faltando á su palabra habían logrado apoderarse de un buque alemán: los cruzados, sin embargo, le libertaron y devastándoles los campos obligaron á los livonios á firmar la paz. Esto no obstante, el obispo Alberto supo proporcionarse una seguridad duradera, empleando la astucia con el desleal enemigo. En efecto, consiguió apoderarse de los caudillos y ancianos de los livonios del Duna y de los thorooides, los cuales espantados por el gran número de cruzados que entretanto habían acudido desde la desembocadura del Duna, se sometieron y entregaron como rehenes treinta niños, hijos de sus hombres mas ilustres, que Alberto se llevó consigo cuando en el otoño se embarcó nuevamente para Alemania.

Antes de esto, sin embargo, había comenzado á ejecutarse un plan que debía ser para la colonia de trascendentales consecuencias. El derecho canónico prescribe que los obispos no pueden residir en castillos ni en aldeas pequeñas: ahora bien, en el país no había ninguna ciudad, pues la población vivía ó en pequeñas fortalezas ó en villorrios, y en cuanto á la antigua residencia episcopal de Ykeskola no respondía al objeto para que había sido fundada, pues inaccesible para los buques de gran porte, no podía halagar en manera alguna á un buen número de colonos alemanes. El que con fines mercantiles recorriera el Duna necesitaba un puerto cómodo y cercano al mar mas abajo de Ykeskola, donde la corriente del río era impetuosa y de escasa profundidad. El obispo Alberto, comprendiendo perfectamente todo esto y atento siempre á su propósito de conseguir una fundación permanente, hizo ceder por los livonios del Duna un terreno que le pareció muy á propósito para construir una ciudad, escogiendo un sitio que por la historia de Bertoldo nos es ya conocido y que los indígenas denominaban Rige, y enviando sin pérdida de momento á Roma al hermano Teodorico — el mismo á quien conocimos en tiempo de Meinhard — con el encargo de obtener del papa Inocencio III los plenos poderes, que le parecían indispensables, para la ejecución de su proyecto. Necesitaba ante todo una nueva bula de cruzada, pues los cruzados únicamente solían comprometerse por un viaje: además, era preciso que la población alemana se con-

centrara en un solo lugar para dirigir hacia éste el comercio y para poder ofrecer resistencia á los desleales indígenas. Inocencio accedió gustoso á las pretensiones de Alberto, le otorgó la bula y prohibió á los comerciantes, bajo pena de excomunión, que visitaran el cercano puerto semigalo del Aa curio. Entretanto, Alberto había recorrido toda la Alemania del Norte predicando la cruzada y había conseguido no solo reunir un ejército numeroso sino también atraerse á una porción de hombres que se declararon dispuestos — y de esto era de lo que se trataba, — á ser feudatarios del obispo y á residir, como tales, constantemente en Livonia. Había sabido llevar á los ánimos el convencimiento de que no se trataba ya de aventuras sino de una empresa que ofrecía garantías completas de éxito. Conrado de Meyendorf, cuya familia florece todavía en Livonia, y un noble llamado Daniel le siguieron para recibir en feudo á Uexkull y Lennewarden. Apenas hubo regresado Alberto á Livonia, en el verano de 1201, comenzó á construir la ciudad. El riachuelo Riga, brazo ó afluente del Duna, formaba mas arriba de su desembocadura en la orilla derecha de éste una especie de estanque tan grande que en él podía crearse un puerto cómodo y seguro: la vasta llanura que junto á este estanque se extendía fué cercada en el espacio que se consideró necesario con un muro, formando así un recinto cerrado dentro del cual comenzó el arzobispo la construcción del palacio episcopal y de la catedral diocesana, la iglesia catedral, pues allí y no en Uexkull debía residir el cabildo. Y como al propio tiempo se echaban los cimientos de muchos edificios de particulares, surgió en medio de aquel desierto con rapidez apenas creíble una ciudad, Riga, que había de ser la capital de la futura Livonia.

Animado era el espectáculo que entonces presentaban las orillas del Duna: los cruzados, el obispo con su séquito de sacerdotes, los muchos picapedreros y demás artesanos, los comerciantes con sus géneros, y los primeros buques en el puerto, y por otro lado los admirados y espantados livonios, que por vez primera desde que empezaron los viajes á Livonia no se atrevieron á quebrantar la paz jurada. Alberto abrió también nuevos horizontes al trato con los indígenas. Atento siempre á su principal objeto, que era crear un robusto núcleo desde el cual la colonia pudiera desenvolverse hasta constituir un Estado, no tuvo reparo alguno en firmar paz y alianza con los paganos curios y lituanos, para conseguir con ello auxiliares que pudieran servirle en la lucha con las demás poblaciones. Así transcurrió el año 1201, trabajándose con ardor aun en invierno, y en la primavera de 1202 pudo Alberto marchar á Alemania lleno de esperanzas en busca de mas trabajadores para su grandiosa obra. Los preparativos para ello debió ya haberlos hecho mucho antes, pues apenas hubo salido de Riga llegaron á ésta su hermanastro Engelberto de Appeldern, sacerdote de la orden de Neumunster, en Holstein, y los primeros ciudadanos que se habían decidido á establecerse definitivamente como colonos en aquella ciudad. La tradición no nos ha conservado sus nombres, á pesar de lo cual no creemos errar al suponerlos procedentes de Hamburgo y de Bremen, pues las armas municipales de Riga contienen, seguramente en memoria de la población primitiva, las llaves de Bremen y las torres de Hamburgo. De esta suerte quedaba creado un centro para las clases industriales, un punto de refugio para los días calamitosos y un amparo para el cristianismo de Livonia. Todavía para que la colonia prosperara debía hacerse algo mas: para conquistar la Livonia y dominarla no de una manera transitoria por medio del terror, necesitábase un ejército permanente ó, ya que esta idea era en aquellos tiempos desconocida, algo que hiciera sus veces. La población hostil

que alrededor de la ciudad se extendía no podía ser dominada por peregrinos comprometidos solamente por un año. Comprendiéndolo así, fundó Alberto la orden de los hermanos de la Espada, punto de reunión de toda la nobleza guerrera de la Alemania del Norte y en realidad la verdadera espada de Livonia, que, dispuesta siempre á pegar, no se dió punto de reposo hasta haber realizado los propósitos de Alberto en una de sus fases, es decir, hasta que Livonia y Estonia fueron conquistadas y hasta que sus habitantes hubieron doblado, aunque de mala gana, su cabeza ante el cristianismo y la civilización. Ciertamente que la orden se fundó estando Alberto ausente, pero es indudable que su fundación se hizo por encargo suyo y según su inspiración, pues lo que caracteriza á esta orden de caballería livonia, imitación en lo general de la de los Templarios, es que, al revés de lo que acontecía con las demás, no dependía directamente del Papa, sino que debía, en lo temporal y en lo espiritual, obediencia al obispo de Livonia. Así tenía este hombre de Estado en sus manos un arma que podía servirle de muy distinta manera que los vasallos y ministeriales de su patria servían á los señores espirituales que podían disponer de ellos para sus necesidades guerreras. El obispo Alberto no quería introducir ningún elemento perturbador en el Estado unitario livonio por él concebido; de suerte que la orden debía ser siempre lo que fué en su fundación, á saber, vasalla del obispo, señor único del país. Anticipándonos á los acontecimientos, vamos á exponer los rasgos fundamentales de la constitución y de la administración de la orden tal como la sancionó el papa Inocencio en su bula de 12 de octubre de 1204 y tal como fué modificándose andando los tiempos.

En virtud de la soberanía feudal del obispo, la orden, por medio de su jefe el maestre, tenía que prestarle el juramento de vasallaje, jurándole fidelidad y obediencia, con lo cual quedaba desde luego obligada á los servicios feudales. Por tanto la orden estaba sometida á la jurisdicción eclesiástica y civil del obispo, jurisdicción que no alcanzaba solo al maestre sino que se extendía á todos los hermanos de la orden y á los habitantes de los territorios que ya se le habían dado ó que en lo sucesivo se le dieran en feudo: todos tenían derecho para apelar, aun en los asuntos civiles, de la sentencia del magistrado de la orden ante el obispo.

Esta relación de dependencia hubiera sido sumamente clara si el obispo, á su vez, no hubiese tenido dos superiores, á saber: por una parte el emperador y el imperio, de quienes tenía en feudo la Livonia, como mas adelante veremos, y por otra el Papa, que á tenor de las ideas entonces dominantes era el supremo poseedor de todos los poderes. De modo que respecto del emperador y del imperio la orden tenía la condición de sub-vasallo, pues entre una y otros había el obispo (después los obispos) como vasallo del imperio y señor feudal respectivamente (1). Pero como á pesar de esto y quizás precisamente por esto, el Papa obraba como supremo señor del país, llegando mas adelante hasta á formular pretensiones sobre Livonia como verdadera propiedad de la Sede romana, todas las cuestiones litigiosas sobre las cuales la orden no podía llegar á una inteligencia con su señor feudal eran llevadas á la decisión del pontífice y las resoluciones por éste dictadas ora directamente ora por mediación de sus legados constituyeron luego, como con razón se ha hecho notar, los fundamentos de toda la organización política de Livonia. Hubiera sido, por lo mismo, un desinterés inusitado por parte de la orden no aprovechar la ocasión que su situación especial

(1) Véase Bunge: *La orden de los hermanos de la Espada, su fundación, constitución y fin*, Leipzig, 1875.